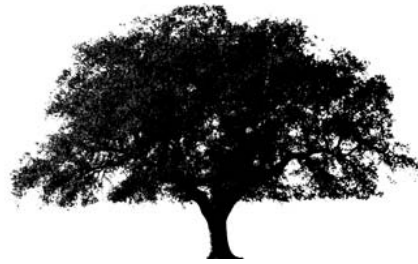




# **L a d e h e s a**

Por Romualdo Molina Muñiz



## L a d e h e s a

Por Romualdo Molina Muñiz

*Por los encinares de la mi dehesa  
los vareadores van a sus faenas;  
por los encinares voy en mi caballo  
a ver a la moza que me ha enamorado.  
Me llena de gozo saber que la moza  
Será ya la reina en dehesa y casona...  
y de los pastores de la dulce gaita,  
que harán las delicias de su soberana.  
¡Ay mi morena, morena clara...!  
¡Ay mi morena, qué gusto da mirarla...!*

Habanera de “Luisa Fernanda”, de Moreno Torroba.  
(Oída a lo lejos en el campo.)

Poco entusiasmo le muestra a la dehesa el diccionario de español, escrito de seguro en un ciego cuchitril a la sombra, entre muros de ladrillo y mortero:

**Dehesa:** 1. s. f. Terreno herbáceo acotado y dedicado a pastos. Se llama dehesa boyal, carneril, potril, etc., según el ganado.

Y en inglés, donde no existe término propio: *pastoral management*, o sea manejo de pastores. Otras traducciones: Weide, Koppel, pâturage, pâtre, pasture, meadow.

Nótese que es un vocablo esencialmente femenino. Se relaciona con él el oficio de montanero:

**montanero, ra:** m.. y f. Guarda de un monte o dehesa.

Que está tomado del portugués.

Se dice, con razón o sin ella, que la palabra *dehesa* deriva del término hispano *defesa*, emparentado con el latino *defensa*, en el sentido de que este espacio de campo es un pago restringido y, en su caso, defendido. En Francia, en un espacio donde no se puede fumar, un forastero suele encontrar carteles que indican «*défense de fumer*», reforzando el sentido de prohibición coactiva que la raíz propone. Según esto, los españoles de hoy, si no bien defendidos, sí nos hallaríamos fuertemente *defedidos* o *defesados*, es decir adehesados, abrumados a prohibiciones.

Algún inánime pretende que dehesa viene de defensa, de hender, talar, herir, defender violentamente, pues, dicen “*los primeros pobladores (¿?) en la Reconquista hacían vallados para proteger los rebaños alojados en ellas de los intrusos*”. Los etimólogos profesionales consideran habitual la caída de la “n” líquida ante consonante silbante, como por ejemplo en este caso. Así pues, puede mantenerse sin problemas el roñoso paradigma indiscutido de que a los de esta Piel de Toro nos enseñaron a hablar la lengua materna los soldados romanos latinos durante su ocupación imperial. Defensa, dicen, participio pasivo de *defendere*, derivaría de un supuesto viejo *fendere* (tal vez latino, suponemos) equivalente a “hendir”, “tajar”, que sería raíz también de *offendere*, a su vez emparentado con atajar y atacar. O, por ende, de luchar, pelear y expugnar. Y, en fin, la clave en el término **dehesa** tal como se entiende hoy, ¡rechazar!

Puestos a buscar fuera del pago patrio, donde el *fender* y el *bender* son perfectamente rastreables, los más conspicuos etimólogos llegan a proponer el origen remoto del vocablo dehesa de una supuesta raíz *gnhen*, de la también supuesta interlingua indoeuropea. Es la raíz que encabeza el dulce nombre de *Gwendoline*, raíz que según ellos significaría: *golpear*, *luchar* y *pelear*.

O sea, confunden el milagro edénico de la dehesa, del bosque trabajado y protegido, la dedicación simbiótica en suma, con la ingeniosa y temporal solución ganadera de unos rediles sujetos con postes, unas malladas-hondas, en castellano *majadas bondas*.

Diremos por nuestra parte que *Dehesa*, lejos de ser palabra latina-romana, es palabra españolísima, sin necesidad de que los romanos vinieran a traérsola porque ya existía. En las obras literarias suele trasladarse entrecomillada a los idiomas vecinos, como se hace con «*fiesta*», «*juerga*» y «*guerrilla*», al carecer en ellos de equivalentes. Dista mucho de ser un palenque de torneo, un rincón de plazuela para las cuchilladas, una barricada para atrincherarse de una carga, un ring de boxeo o un campo de batalla. Aunque las necesidades de la Estrategia Militar nos puedan forzar a usarla como matadero de héroes, *dehesa* evoca enseguida en la mente las voces *deleitosa* y *deliciosa*, que es lo que en tiempos de Moisés se dijo “tierra de leche y miel”; y en otras mejores, “terruño tierno” para vacas, pacíficas o bravas, para ovicaprinos lanosos y puercos regordíos, matas de bayas, robles orgullosos, bandadas de pájaros, altas espigas y abejas melíferas. La doble mirada de amor de *Fauna* y *Flora* creciendo y dando frutos en un espacio no sólo protegido, sino además trabajado. Una dehesa ibérica, porque los hermanos portugueses también la usan, es todo lo contrario de lo que los etimólogos profesionales nos quieren hacer creer; no es un símbolo de **ofensa**, sino un símbolo de paz feliz, cercano al sentido de un edénico jardín. Paz con trabajo seguro, lechales creciendo, árboles y flores que dan fruto y tiempo con solaz para el ocio y la romería. Un predio primoroso. También un coto seguro, cerrado a intrusos y resguardado a malignos. Un símbolo de “mi casa solariega”, de las aranzadas muradas de

la patria mía. Cuando de niños jugábamos *al coger*, al llegar a barrera se gritaba ¡coto, pues!, para marcar que nos declarábamos inviolables, *acogidos a sagrado*. De los tiempos de Saturno, en que tal hallazgo de las dehesas se logró, Cervantes dijo por la boca valiente del Quijote a unos cabreros: “dichosa edad y siglos dichosos”.

Abundan las dehesas en el sur, oeste y centro de España, y en Portugal (Alentejo y el Algarve), donde se llama *montado*. Propias de dehesa se denominan las labores del tipo de gestión de fincas privadas destinadas a la explotación agroganadera, de que se obtienen simultáneamente múltiples recursos. La dehesa revela la historia del hombre civilizador andaluz, en su lucha triunfante contra el bosque hostil e inhabitable de finales de la glaciación de Würm: es un ecosistema derivado de la actividad humana, cooperando con las leyes de la naturaleza. Ha sido conquistado a partir del bosque cerrado y convertida en lugar transitable; es consecuencia de aclarar las espesuras para destinar el suelo a pastizales, desde la fase inicial en la que se tala inteligente y devotamente el sagrado bosque denso, a la segunda fase en que predomina el cultivado control de la vegetación leñosa, el fomento de la floración mediante la apicultura, y la estabilización de los prados.



Grabado de 1774, cosecha de la miel de los árboles.

<https://mielesdelrudron.wordpress.com/2013/03/25/apicultura-de-bosque-la-senda-de-las-abejas/>



<https://mielesdelrudron.wordpress.com/2013/03/25/apicultura-de-bosque-la-senda-de-las-abejas/>

Dehesa sería pues un sistema agrosilvo multifuncional, acaso de propiedad privada para familias extensas, formadas por numerosas parejas de parientes, afectos, servidores y descendientes; acaso propiedad para la manutención del templo; acaso propiedad común y sabiamente compartida (usualmente municipalizada y aun multiplici-municipalizada) según canta el muy popular fandango huelvano:

*Si San Benito y el Cerro  
tienen los pastos comunes,  
que yo los tengo contigo  
sábado, domingo y lunes;  
que miércoles también los tengo.*



Diosa Ceres

<http://neftis2o.blogspot.com.es/2014/07/demeter-diosa-de-la-tierra-cultivada.html>

### **La Dehesa: robles, pastos, cerdos**

Verdadero triunfo de la bondad divina en la vida, las dehesas suelen estar respunteadas de alcornoques y *quercus*, árbol sagrado, que sirve de sustento vital a multitud de criaturas, cuya leña arde con primor en las chimeneas o deriva luego en el mejor carbón de quemar; es su fruto la bellota (gorda si bella), de donde se obtuvo aquí en el remoto Occidente el primer Pan, antes de que se inventara el cereal, el de centeno, mijo o trigo; la bellota, que es hoy el alimento perfecto para los cerdos (el ganado perfecto para los humildes, el animal sagrado de Hispania y aún más en la actual Cerdanya), cuya conserva mejor, el jamón de pata negra, es tan puro y perfecto de acabado como un botijo.

El cerdo, que se calcula fue domesticado a partir del jabalí hace unos diez mil años, está dedicado aquí en la dehesa a la diosa de la que toma el nombre, Ceres, madre terrena a la que va hociendo, hozando y besando sin cansarse. Como anota el dicho popular, «*a mí del cochino, jasta los andares*». El cochino (nombre recibido en Méjico) muestra un lustroso contoneo en los andares, perfectamente gachón. Similar en su anatomía a la de su amo, hasta el punto de que fue usado en la Madraza de

Isbahan para las disecciones de estudio, todo en el marrano se aprovecha y, en la cima, el andaluz y él han llegado a producir el jamón ibérico, el alimento ideal de la dehesa.

Ceres, la antigua Keres, que le dio el nombre nativo al Guadalquivir, el Kérete, y a sus cuidadores los curetes; Ceres milagrosa, adorada en Tíndaris (Sicilia) con cabeza de jaca; venerada en su aspecto telúrico por el cerdo, su animal, Ceres luminosa y ardiente en el cirio encendido, Ceres reina en la dehesa.

La dehesa ha sido modelada por la mano del hombre para aclarar la arboleda, de tal forma que en el bosque penetre la luz y puedan crecer los pastos. Es un invento maravilloso que hace convivir bosque y pasto. Extremadura, con su situación geográfica tan aparentemente a trasmano de todo, ha sido la que, junto con Andalucía, mejor ha conservado la dehesa. De los tres millones y medio de hectáreas de Dehesa que hay actualmente en España, un millón está en Andalucía, y un millón y cuarto, en Extremadura. No obstante, aún se pueden ver en Castilla campos de cereal adeshados, esto es, con encinas desperdigadas por aquí y por allá. Es aquí donde mejor puede uno observar esa



<http://www.elmundo.es/elmundo/2011/10/05/andalucia/1317832517.html>

perpetua lucha: la dehesa pastoral y ganadera; el campo propio de monocultivos. Pastores y ganaderos, por una parte, con sus ritos y sus dioses, con sus hábitos itinerantes, con sus símbolos bovinos, trashumantes, como la media luna; agricultores cerealeros por otra, con sus ritos, sus dioses y sus símbolos sedentes como el sol. Dehesa húmeda, fértil y heterogénea; campo cerealero de secano, monótono y homogéneo.

*Cerdos, ovejas, cabras, vacas, toros o caballos pastan en las dehesas,*

*espacios trabajados en sistema comunal, efectivo, amoroso y reverente;* es la naturaleza humanizada, cuidado, laboreo, ara, siembra, poda, injerto, pastoreo, ramoneo, a veces riego y limpieza, vareo, caza, siega e incluso abono.

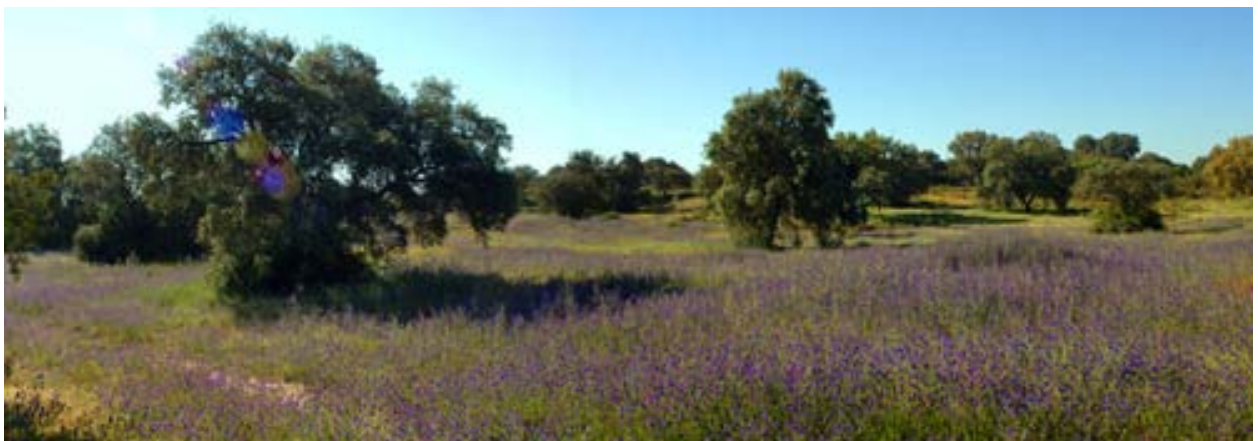
Es evidente que en toda la península el régimen de dehesas y sus habitaciones naturales, los cortijos, molinos, almazaras, bodegas, alquerías y mitaciones, desempeñaron un papel excelente, y aún lo desempeñan dignamente, en la economía y la población. Gran parte de la antiquísima cultura popular andaluza de la Comarca de Doñana, sus hábitos, sus devociones, cantos y bailes, sus penas y alegrías, su «élan» o impulso vital sería inexplicable sin sus peculiares dehesas, ni sus toros bravos y sus mansos bueyes, ni sus largas, lentas, inacabables atardecidas.

El pueblo que inventó el botijo y el cántaro, con sus hijuelas la talla, la jarra, el dornillo y la alcarraza, gente hecha a las calores que supo crear la serie de los más sofisticados artilugios de refrigeración, a

base sólo de barro cocido, sabe bien de economizar los recursos y reducir los dispendiosos esfuerzos. La rentabilidad de una dehesa se basa en optimizar los ciclos de la energía, reciclar en constantes circuitos internos, metabolizar a base de cooperación inter vivos, de explorar y explotar los réditos de la mutua cooperación, surgida en el seno de la admiración mutua. La humildad y el amor que sirvieron para diseñar hace milenios el cesto y el soplillo de mimbre, la buena gente que supo dejar de comerse fresca la apetitosa uva para esperar a que el tiempo y la oscuridad en la tina y la bota la convirtiera por su propia vitalidad en espirituoso vino, la sabiduría senequista entretejida de paciencia, esperanza y experiencia, tienen su nido hecho de gasa de sueños en el ambiente de la dehesa andaluza y española, que siempre busca dentro de sí el autoabastecimiento.

### “De Esa”

Aquí supieron los iberos crear un campo adehesado, que dio fama a sus lanas y a sus villas. Los trabajos de Joaquín Costa sobre este pueblo así lo ponen de manifiesto. Pero antes de que fuera un ecosistema económico, o al mismo tiempo tal vez, la dehesa fue un ecosistema protegido, sagrado. Era costumbre muy antigua que los templos estuvieran rodeados de un bosque sagrado, consagrado como norma general a una deidad femenina y genérica, la Dea Ana. Otras veces, las más seguramente, sin nombre. Sencillamente se decía que tal o cual bosque sagrado era “de Ella”. Si lo tomamos al pie de la letra su significado era obvio: **dea essere**, “de Esa”, siendo *esse* la traducción latina para Ser, por tanto “de esa”, “de aquella que Es”. Los occitanos dirían “de aquella que Es quien Es”.



Monte adehesado, foto Alberto Donaire

Diosa Madre del Ser, La *deidad* que *es*. Una protectora de cultivos y pastores, repartidora de lo que cada cual precisa. Diosa de invención neolítica o anterior incluso, probablemente aquella que gobernaba los cultos que nos describía Marija Gimbutas. Nutricia pura de la tierra verde y joven, metro del ciclo vivificador de la vida y la muerte, y protectora del embarazo, del parto, el matrimonio y la ley sagrada. El himno homérico a Deméter (siglo VIII a. C.) nos parece un sutil signo de que la diosa madre –pues eso significa literalmente la voz “deméter”, diosa madre, y por

tanto en su origen no era un nombre— era adorada muchísimo antes de la llegada de los olímpicos y su reforma patriarcal. En él se la venera como la «portadora de las estaciones», lo que nos hace volar poéticamente a un tiempo muy lejano, muchísimo antes incluso de que la civilización llegara desde el occidente al oriente, un tiempo helado en que aún no había empezado la alternancia de las estaciones. Antes de ser la diosa del grano y de los cultivos para las primeras sociedades cerealeras era ya diosa en sí misma. Sin nombre, sin forma. Tal vez entonces, cuando algo era relativo a Ella, se dijese sencillamente que era “De Ella” o “De Esa”. Así como más tarde las culturas del Libro dirían Él.

No en vano, todavía hoy en francés *diosa* se dice *déesse*.

